

mo de todos los finales de las vidas... (*Pausa. Mirándola.*) ¿Qué te pasa a ti, Angélica?

ANG.—(*Riendo.*)—Naa...

RAI.—¿Ya no soy el amigo en quien se confía?...

ANG.—¡No has de ser! ¡Y hoy más que nunca!

RAI.—¿Por qué hoy más que nunca?

ANG.—Por nada... ¡Simplezas!... Que hay días tristes sin motivo, como nos ponemos trajes negros sin estar de luto.

RAI.—¿No será que te persiga hoy algún fantasma?...

ANG.—¡No los hay!

RAI.—¡Sí los hay, Angélica; sí los hay!... También yo los siento flotar en el aire y muy cerca de mí.

ANG.—¡No digas eso, tío Raimundo!

RAI.—En seguida reflexiono y me burlo de mi credulidad... Pero un rumor cualquiera, el más natural, me causa de nuevo la misma impresión de angustia y de inquietud. Y ya no puedo burlarme, Angélica; no puedo...

ANG.—¡Qué tontadas!...

RAI.—No: no. Este corazón leal que Dios me ha dado viene hace ya días brincándose en el

pecho, como si quisiera decirme: «¡Cuidado, Raimundo!... ¡Cuidado, Raimundo, que te acechan, que te rondan... y en tu casa, en la calle, en donde más seguro te creas, hay un enemigo que te aguarda implacable...» (*Mirando a Angélica que llora.*) Y lo que el corazón no supo explicar bien, lo aclaras tú ahora con ese llanto. (*Obligándola a levantar la cabeza.*) ¡Es en la misma casa en donde está el enemigo!

ANG.—(*Escapando al extremo de la habitación, se coloca de espaldas.*)—No, no...

RAI.—(*Inmóvil.*)—Es en la misma casa ¿verdad?

ANG.—¡No!

RAI.—¿Y tú lo conoces?

ANG.—No, no...

RAI.—Y es a las cinco cuando vendrán a herirme... Esa es la hora elegida, ¿verdad?

ANG.—No sé, no sé...

RAI.—Dímelo...

ANG.—¡Yo no sé nada!

RAI.—(*Cariñoso.*)—¿No me lo dices? ¿Dejarás tú que yo vaya indefenso a que me hieran?... ¿Preferes que sean otros, otros que no tendrán compasión de mí, en lugar de ser tú, que al mismo tiempo abrirás la herida y la curarás en lo que humanamente sea posible?

ANG.—Te juro que no sé nada. ¡Te lo juro!...

RAI.—(Yendo a ella pausadamente, la coge sin que ella se vuelva.)—Acuérdate, Angélica... Tenías seis años cuando quedaste sola en el mundo. Te recogió Rosario, y yo lo autoricé con el propósito de buscarte un colegio y pagarte la pensión. Nada más. Pronto le tomé cariño a la mujercita aquella que no tenía sombra de nadie.

ANG.—(Volviéndose lo abraza.)—¡Tío Raimundo de mi alma!...

RAI.—Desde entonces no he dejado un día de velar por tí para que vivieras feliz y honrada. Muchas miserias, que tú ignoras, se han resuelto con enormes sacrificios míos, para que no te alcanzaran a tí... y ahora que te necesito, ¿el tío Raimundo de tu alma no va a encontrar, ni para defenderse, el apoyo y el cariño tuyo?...

ANG.—¡Pídemela vida!

RAI.—Habla, Angélica...

ANG.—Eso, no. ¡Nunca! ¡Nunca!

RAI.—No diciéndolo, también se dice.

ANG.—¡Por caridad te pido que no insistas en obligarme!

RAI.—Si tú no vas ya a decir nada, absolutamente nada. Lo diré yo todo.

ANG.—¡Por caridad, tío!

RAI.—Escucha únicamente. (Se aparta, coge una silla y se apoya, de pie, en el respaldo.) El mando, para mí, se encierra en límites bien pequeños. Mi casa y mi fortuna, vuestro cariño y la salud de todos. Fuera de eso, no hay nada que tenga por qué asustarme. Vamos a eso.

ANG.—(Desesperada. — ¡Tío Raimundo, tío Raimundo!...

RAI.—Ha cerrado los ojos, reconcentrándose.) —No tengo negocios de tal índole, que en un día puedan traerme la opulencia o la quiebra. Por ese lado, estoy perfectamente tranquilo. (Pausa.)—¿Ha dicho algo alarmante el doctor de la salud de Rosario?

ANG.—No...

RAI.—¿Estás enferma tú?

ANG.—No...

RAI.—Yo tampoco. Con dos palabras, ya van fuera dos peligros. Alejemos pronto el tercero... y el mayor. Por faltas mías de cariño a vosotras, no puede ser, ni yo os lo preguntaría. De consiguiente, aunque sea contra mí, no es por mí lo que ha llegado. ¿Es por tí, Angélica?...

ANG.—No.

RAI.—Aunque haya sido por ligereza, impre-

meditadamente... ¿tienes tú algo de qué reprocharte?

ANG.—¡No, tío; nol

RAI.—¿No?... (Pausa.) Queda el saberlo de Rosario... (Pausa.) ¿Es Rosario la culpable...? ¡¡Dí que no, Angélica, dí que noll (Pausa.) ¿Se ha marchado para no volver? ¿Es esa la noticia que me darán...?

(Pausa prolongada, inmóvil; solo los brazos, lentamente y a pulso, van hincándose en el respaldo de la silla, hasta hundirlo y romperlo).

ANG.—(Al crujido de la madera corre hacia Raimundo.)—¡Tío Raimundo! No la creas muy culpable, porque ella te quiere... pero ahora está sugestionada y cegada por los consejos infames de ese bandido, de ese canalla de Enrique que la asediaba y...

RAI.—¿Es Enrique...?

ANG.—¡Ay!

RAI.—Enrique... Ya quedó el nombre grabado. Sigue, sigue...

ANG.—¡Toda la culpa es de él...! Y puedes tener la seguridad absoluta de que esa infeliz está ya pesarosa y arrepentida...

RAI.—Palabras...

ANG.—No, es un convencimiento, porque la conozco y sé la gratitud y el cariño que siente por ti...

RAI.—Palabras...

ANG.—Y si tú, que eres tan bondadoso, quisieras perdonarla...

RAI.—Arrepentimiento, gratitud, cariño... ¡Palabras nada más!

ANG.—No, tío, no... Yo sé donde está... y si te apresuraras aún podías evitar la vergüenza..

RAI.—¿Cuál? ¿La suya? Cuenta suya es desde hoy. La mía no tiene por qué sonrojarse de una maldad ajena.

ANG.—La tuya no, cierto que no... pero sin embargo reconoce...

RAI.—Dilo. ¿Que hay un ridículo para mí...? Tampoco. El ridículo lo hace el hombre que corre tras de una mujer que se le escapa.

ANG.—Es que tú aún podías traerla...

RAI.—¿Traer qué? Su alma y su voluntad no, que eso ya no es mío. ¿Traer su cuerpo? Eso sí es posible, pero eso es muy poco ya para que un hombre de bien lo vaya a buscar y lo traiga a rastras o a empellones por los caminos. ¡Es muy poco eso ya, muy poco!

ANG.—Escúchame a mí que te aconsejo serenamente...

RAI.—Cariñosamente, sí. Serenamente, no. Piénsalo y verás qué absurdo me propones. ¿Traerla? Y una vez traída... ¿qué hago? ¿Encerrarla como en una cárcel y ponerme a vigilar...? No; yo no tengo vocación de carcelero. ¿Dejarla libre y que en mi propia casa se cometan las traiciones? No; yo no tengo vocación de resignado.

ANG.—¿Permitirás que se marche?

RAI.—¿No se ha marchado ya sin mi permiso?

ANG.—Es verdad, sí, pero también el que tú no intentes nada para recuperarla...

RAI.—¿Y quién te ha dicho a tí que eso valga la pena? ¿Quién? Para defender lo que se ama y nos corresponde, para eso sí, todo... uñas, dientes, piedras, tiros... ¡Todo! ¡Y todo es poco y todo es lícito...! En cambio, para retener lo que nos abandona y nos desprecia, ¡nada! ¡Nada...! ¡Nada! Y aun diciendo ¡nada! me parece que digo ya demasiado.

ANG.—Pobre tío Raimundo...

RAI.—¿Pobre Raimundo? ¡¡Nol! Cuando a una mujer, que pensaba ya en otro, le concedía yo mi amor, mi fortuna y mis desvelos, entonces sí

que teníais razón para decirlo. ¿Ahora? Ahora, no. Ahora... Si acaso, pobre de ella...

ANG.—¿Sufres mucho, tío...?

RAI.—¡Eso sí, mucho, mucho...! En un momento se deja de estimar, pero hacen falta muchos momentos para dejar de querer y de sentir... El amor de esa mujer se ha roto, se ha despedazado, sí... pero aún tengo los pedazos por todas mis entrañas. Ya se irán, ya se irán...

## ESCENA VIII

DICHOS y JUANA

JUANA.—Señorita, que se llegue usted a la casa de parte de las tías.

ANG.—(A Raimundo.)—Un momento...

RAI.—Ve.—(A Juana.)—Y aguarda tú.

(Saca la cartera, de ella una tarjeta y escribe.)

ANG.—(Que marchaba, se detiene y vuelve tímidamente, pero angustiada.)—¿Escribes?

RAI.—No. Líquido.

ANG.—¿Con quién?

RAI.—Déjame...

ANG.—(Leyendo: en voz baja.)—¿Llamas a Enrique?

RAI.—Sí.

ANG.—¡No!

RAI.—Sí. Hay que terminar. Que de esta miseria no quede pendiente ninguna piltrafa.

ANG.—¡Mira que es una temeridad!

RAI.—¿Prefieres una cobardía? Pues no hay más donde elegir... ¿Qué aconsejas?

ANG.—Escribe...

RAI.—*(Termina rápidamente. Alto a Juana.)*  
Urgente y contestación.

*(Mutis Juana.)*

ANG.—¡Tengo mucho miedo, tío!

RAI.—Yo no. Me quedas tú y es como si me quedara todo.

ANG.—*(Echándose en sus brazos.)* — ¿Yo?  
¡Ay, tío Raimundo!

RAI.—No llores. Tiempo habrá para lágrimas después... Ve, que te llaman, ve...

*(Y la empuja suavemente para que salga. Mutis Angélica muy lento y llorosa, acongojada...)*

## ESCENA IX

RAIMUNDO queda de pie, absorto...

Una pausa. CAÑEVERAL

CAÑ.—Los periódicos. ¿Quiere alguno?

RAI.—No...

CAÑ.—Ha venido la Romualda con la pretensión de que la tomara yo... ¡Figúrese usted si yo la iba a admitir!

RAI.—Ya supongo que no...

CAÑ.—Imposible, completamente imposible y temerario. Es muy de lamentar lo que le pasa, sí, señor, pero concédame usted a mí que es peliproso para nosotros...

RAI.—En quien tiene ideas fundamentales, como usted, muy peligroso. Verdad que no saber o no querer apartar las justas de las exageradas también es peligroso.

CAÑ.—No aspiro a tener hipotecado el don del acierto, pero ha de ser menos difícil siguiendo la opinión general que ya se formó de muchas opiniones y de muchos juicios...

RAI.—Puede que sí.

CAÑ.—Y aun no acertando no creo que es

merecedor de grandes censuras el que busca lealmente la verdad...—(Interrumpiéndose azorado porque ve entrar a Enrique.)—La... la verdad...

RAI.—¿Cuál es la verdad?

CAÑ.—(Advirtiéndole.)—Don Enrique...

### ESCENA X

DICHOS: ENRIQUE

RAI.—(Sonriendo.)—Buenas tardes, Enrique...

CAÑ.—¿Querrán ustedes hablar algo?... Pues... pues me retiro.

(Mutis.)

### ESCENA XI

RAIMUNDO y ENRIQUE

RAI.—Siéntese usted...

(Y se sienta él después.)

ENR.—¿Se arregló por fin el asunto del Banco de Cartagena?

RAI.—No.

ENR.—Lo dice usted en su tarjeta.

RAI.—Sí. Pero he mentado.—(Enrique se levanta.)—Siéntese usted...

ENR.—Estoy mejor así.

RAI.—Bien. Tengo la evidencia... la evidencia, ¿oye usted...? de... de la amistad entre usted y Rosario.

ENR.—Si quiere usted dar otro alcance a sus palabras, se equivoca usted.

RAI.—No.

ENR.—Sí.

RAI.—No.

ENR.—¡Lo juro!

RAI.—Es su obligación. Pero yo tengo la evidencia, y si a usted le parece nos ahorraremos una hora inútil y fatigosa de protestas, y hablaremos ya como si esa hora hubiera pasado.

ENR.—Le juro a usted nuevamente que está usted equivocado... pero me pongo a sus órdenes para lo que usted quiera y con el pretexto que usted quiera.

RAI.—No se trata de eso, porque la vida de usted no me resuelve ya mi problema. Resolviéndolo, sí lo trataríamos, pero a traición y por la espalda, para que no me ganara usted segunda vez y del mismo modo.

ENR.—Del modo que usted elija estoy pronto a las consecuencias de ese error de usted.

RAI.—¿De mi error...?

ENR.—Sí.

RAI.—¿De mi error...? Siéntese usted, Enrique...

ENR.—No.

RAI.—Como usted guste... Deseo decirle que he terminado completamente y definitivamente toda relación con esa señora. Si tengo pena o no tengo pena, eso no les importa, ¿verdad...? Lo interesante para ustedes es que no siento afán de venganza, que no les perseguiré y que pueden vivir en paz donde mejor les acomode. Si es lejos de aquí, lo agradeceré más...

ENR.—Eso no era menester decírmelo. Basta con hacerlo.

RAI.—Para ella será también tranquilizador el saberlo de mí.

ENR.—Para ella lo ignoro. Respecto de mí, he de manifestarle a usted que en mis resoluciones no influye la actitud de nadie, y que si alguna mujer se confía en mí no necesita tampoco de nadie, absolutamente de nadie.

RAI.—Mejor para ella.

ENR.—Y que de mí tendrá todos los respetos y todos los amparos que haya de menester, sintiendo únicamente que la fuerza de las cosas no me permita el darle aquella consagración pública que yo desearía y que ella merece.

RAI.—Si piensa usted lo que dice, mejor para ella.

ENR.—Y para mí.

RAI.—No lo sé... Y voy a decirle a usted para qué le he llamado.

ENR.—Yo creía que ya estaba dicho.

RAI.—Ahora creará usted lo que le plazca. Por nuestra voluntad, exclusivamente por nuestra voluntad, esa señora y yo hemos vivido juntos quince años sin ningún lazo que nos obligara.

ENR.—¿Qué quiere usted darme a entender?

RAI.—Lo que entendió usted de sobra.

ENR.—¿Que Rosario no es su mujer de usted?

RAI.—Exactamente.

ENR.—¡No!

RAI.—Sí, sí.

ENR.—¡No!

RAI.—¡Sí!

ENR.—¿Palabra de honor?

RAI.—De honor, no. Me parece que no cuadra bien el invocar para nada el honor en este lance. Palabra, juramento, cualquier cosa que a usted le convenza.

ENR.—No es posible.

RAI.—Por ella lo podrá usted saber también.

Hace quince años íbamos esa señora y yo a pasar unos días en París. Caí enfermo al llegar aquí y tuve forzosamente que detenerme. Un mes de gravedad y tres meses de convalecencia. Me cuidó con cariño, se lo agradecí, y como a nadie le debo cuenta de mis acciones, con ella he vivido. Para los respetos externos, para no escandalizar a la sociedad, dije que era mi mujer cuando compré la casa, porque los médicos me recomendaron este clima... como mañana diré, guardándola todavía un respeto más, que soy viudo. Ya sabe usted lo suficiente, y puesto que esa señora es libre, puesto que no está casada, cátese usted con ella, Enrique.

ENR.—¿Casarme?...

RAI.—Me pareció comprender que la fuerza de las cosas, el matrimonio nuestro, era lo único que a usted le impedía la consagración que usted desea y ella merece.

ENR.—Mi conducta futura la resolveré yo.

RAI.—Ya veo cómo. Peor para ella.

ENR.—No anticipe usted juicios.

RAI.—El caso es muy distinto ya. Lamentaba usted con amargura el no poder consagrar esa unión. Ahora que es posible, lo que usted lamenta con toda su alma es precisamente la po-

sibilidad, el compromiso que viene encima.

ENR.—Se engaña usted.

RAI.—Realmente, lo otro era más cómodo, ligaba menos y se podía desatar más pronto. Peor para ella, peor para ella.

ENR.—No tengo que darle a usted cuenta del porvenir.

RAI.—Ni del presente, porque yo no la pido.

ENR.—Estoy a sus órdenes.

RAI.—¿Para qué? A traición y por la espalda no le daría a usted ya un golpe mayor ni tan certero como este que le doy de frente. A cada uno le llega su hora de reirse. La mía es ahora.

ENR.—¡¡Esoll!...

RAI.—Es eos.—(*Levantándose lentamente*).—Si a usted le parece, hemos concluido la conversación.

ENR.—Concluido, sí. Buenas tardes.

(*Mutis*).

RAI.—Buenas tardes. Y si a usted le parece también, podíamos guardar absoluta reserva de todo lo que hablamos. Yo así lo haré.

ENR.—(*Que se detuvo*).—Y yo. Buenas tardes.

(*Mutis*).

## ESCENA XII

RAIMUNDO, CAÑAVERAL

CAÑ.—Celebro que se haya marchado ese individuo.

RAI.—¿Por qué?

CAÑ.—Por nada... Pero hay gente poco simpática, y le confieso a usted que aguardaba con impaciencia a verlo salir.

RAI.—¿Con impaciencia por qué, Cañaveral?

CAÑ.—Por nada; pero créame usted, mi querido y respetable don Raimundo, si, querido y respetable siempre... atraviesa usted una de esas épocas de la vida, uno de esos momentos en que...—*(Se interrumpe y mira el reloj)*.—Nada, nada.

RAI.—¿Es tarde para usted?

CAÑ.—Al revés. Son las cuatro y media todavía.

RAI.—Pues continúe. Atravieso una época en que...

CAÑ.—Nada, nada. Es preferible que no atravesemos nada.

RAI.—Usted sabrá si dice o no dice.

CAÑ.—No, no.

## ESCENA XIII

DICHOS: el DOCTOR. Luego JUANA

DOC.—Felices, señores.

RAI.—Me dijeron que le aguardara a usted.

DOC.—Pensaba volver, sí, pero no dejé recado especial.

CAÑ.—¿Hizo muchas visitas?

DOC.—Un par de ellas. A un loco, que tiene dinero y le quieren recluir, y a otro loco, que no tiene dinero y no le quieren admitir en el Manicomio.

CAÑ.—¿Y quién tiene razón en esa pelea?

DOC.—Los locos. Como siempre. Los demás andamos todos imposibles.

RAI.—¿Son casos desesperados?

DOC.—Incurables. El del dinero se figura que en todas partes hay ladrones. ¿Incurable, verdad? Y el pobre, porque perdió un pleito y le embargaron hasta las cejas, ha dado en la locura de decir que no hay justicia, cuando él precisamente tiene prueba de que la hay, porque es la justicia quien se lo llevó todo. ¿Incurable, verdad?

RAI.—Sin remisión para ninguno de los dos.

JUANA.—Señor doctor...

DOC.—Voy. En el dictamen, además de encerrarlos, propongo para el rico que entreguen la administración de sus bienes a la familia. Si algún día recobra la razón él verá cómo se las arregla para recobrar los bienes. Y para el pobre no propongo nada; ese perdió el juicio con las costas, y en esas condiciones no se ha dado caso de curación.

CAÑ.—¿No querrá usted lanzar una censura contra instituciones respetabilísimas y prestigiosas?

DOC.—¡No, no, no! Instituciones sociales, columnas de la vida, fundamentos del orden... sí, sí, sí... Muy respetables y muy señores míos. ¡Que me dejen quieto, que yo creo en todo y en cinco o seis cosas más!

RAI.—Usted lo acierta.

DOC.—Por si acaso.

*(Mutis con Juana que aguardó).*

CAÑ.—Es muy buena persona en el fondo, sí, señor, pero algo inconsistente y algo voluble en sus ideas.

RAI.—Feliz usted que ha logrado tener ideas de granito, fijas e inmóviles, en donde todo cambia a cada instante.

CAÑ.—Le diré a usted...

RAI.—No me diga nada.

#### ESCENA XIV

DICHOS: GUTIÉRREZ con el DOCTOR

GUT.—Venga, venga, que también a usted quiero comunicarle la gran noticia.

DOC.—Ya vengo, ya vengo.

GUT.—¡Albricias, Raimundol!

RAI.—¿Qué pasa?

GUT.—Que al fin ha estallado la guerra.

CAÑ.—¡La guerra!

RAI.—¡La guerra!

GUT.—Ya es oficial la noticia, comprobada en el Ministerio de Estado.

RAI.—Qué horror...

DOC.—Cuántas desdichas van a venir de esa palabra...

GUT.—¿Desdichas? Pero cómo, ¿no se alegran ustedes?

CAÑ.—¡No diga usted ferocidades, señor mío!

GUT.—¿Ferocidades? ¿Pero ustedes no son amigos míos? ¿No comprenden que la guerra, declarada con esta oportunidad, es mi salvación,